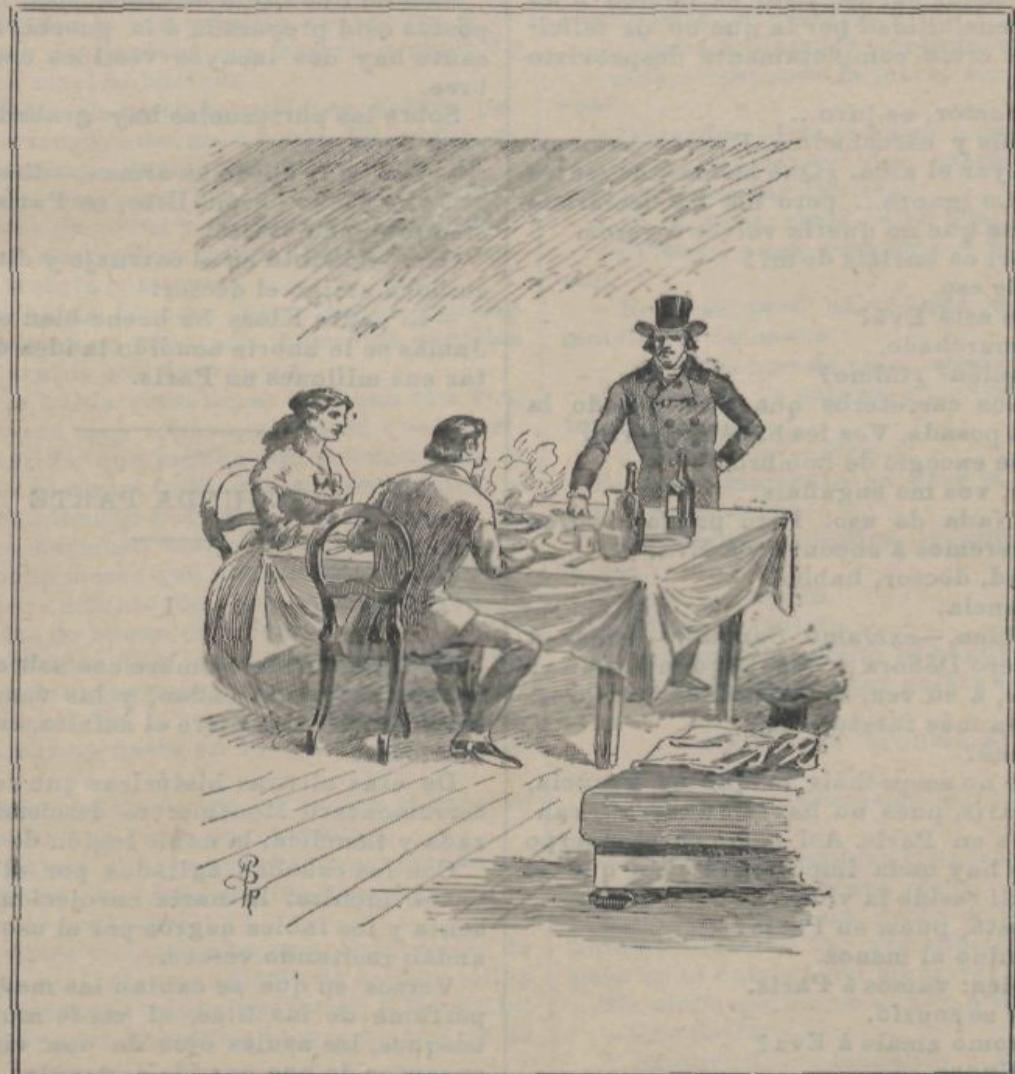


EL MUNDO DE LAS AVVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, enero de 1890 ↔ NÚMERO 67



LA HERENCIA DE UN CÓMICO

POR
PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

—Mi joven amigo,—dice gravemente el discípulo de Esculapio,—tenéis una singular enfermedad.

—¿Y Eva? ¿Dónde está Eva?—pregunta Samuel con angustia.

—¿Qué habéis hecho de ella?—responde el doctor.

Entonces Samuel explica lo sucedido de la noche.

El doctor escucha meneando la cabeza.

—Sí,—repite;—tenéis una singular enfermedad. Creéis volver á ver á vuestro padre, que está muerto y bien muerto; creéis volverle á ver en todas partes. Esto es debido á un exceso de sensibilidad por la que no os felicito, pues os creía completamente desprovisto de corazón.

—Pero, doctor, os juro...

—No juréis y escuchadme. Eva se ha marchado al rayar el alba. ¿Qué ha pasado entre vosotros? Lo ignoro... pero me ha declarado formalmente que no quería volver á veros.

—Doctor, os burláis de mí!

—Nada de eso.

—¿Dónde está Eva?

—Se ha marchado.

—¿Con quién? ¿Cómo?

—Con unos carreteros que han pasado la noche en la posada. Vos les habéis abierto.

Samuel se encogió de hombros.

—Doctor, vos me engañáis.

—¿Yo? Nada de eso. Pero puedo deciros dónde volveremos á encontrar á Eva.

—¡Hablad, doctor, hablad!

—En Francia.

—Pues bien,—exclamó Samuel;—vamos á Francia. Pero Débora y Frantz ¿dónde están? El doctor, á su vez, se encogió de hombros.

—Os creía más fuerte,—dijo.

—¿Por qué?

—Porque no sospecháis lo que es Francia, es decir, París, pues no hay verdadera Francia más que en París. Así como en el cuerpo humano no hay nada importante más que el corazón, allí reside la vida.

—¿Eva está, pues, en París?

—En camino al menos.

—Pues bien: vamos á París.

El doctor se sonrió.

—¿Veis como amáis á Eva?

—¿Yo? Nunca.

—Entonces, venid á París: es el país de las hermosas, de los buenos cigarros, de los vinos generosos, de los placeres fáciles, de los dolores amables. ¡París! ¡Oh Babilonia! Tú no fuiste jamás, respecto de París, más que una broma de mal gusto inventada por un sabio

fastidioso, que creía haber aprendido las lenguas semíticas.

Samuel se echó á reir.

—¡Oh doctor sin par!—dijo.—Tú eres el hombre que yo he soñado en mi juventud aventurera y loca. Pareces un sátiro, y te nombró, doblando tus honorarios, el gran maestre, el ordenador supremo de mis placeres.

El doctor se inclina, humildemente. Este buen doctor sabe doblegarse cuando se le habla la lengua armoniosa del interés.

—Monseñor,—dice,—me esforzaré en merecer vuestra confianza.

—Así,—dijo Samuel,—¿no nos llevaremos á Débora?

—¿Para qué?

—¿Ni á Frantz?

—Es un imbécil.

—¿Ni á Goliat?

—Es un bruto.

—¡En marcha!—exclama Samuel.

—Todo lo había previsto,—dice el doctor.—Escuchad, monseñor.

Samuel oye ruido de cascabeles. La silla de postas está preparada á la puerta. En el pesante hay dos lacayos vestidos con gran livery.

Sobre las portezuelas hay grabada una corona de barón.

—Ved aquí vuestras armas,—dice el doctor.

—Os he hecho barón. Esto, en París, produce siempre buen efecto.

Samuel monta en el carro y dice riendo á su buen amigo el doctor:

—El padre Kloss ha hecho bien en morirse. Jamás se le habría acudido la idea de ir á gastar sus millones en París.

SEGUNDA PARTE

I

La bruma de noviembre cae sobre París; los bulevares se encienden, y las vendedoras de amor se deslizan sobre el asfalto, tristes y silenciosas.

De esas alturas históricas que se llaman el terromontero Montmartre desciende, apresurada y famélica, la noble legión de los poetas.

Con los cabellos agitados por el viento, la barba inculta, la nariz enrojecida por la absenta y los labios negros por el uso de la pipa, andan recitando versos.

Versos en que se cantan las margaritas, el perfume de las lilas, el verde musgo de los bosques, los azules ojos de una virgen y los encantos de una comida campestre.

Las vendedoras de amor buscan en la Bolsa un hombre feliz; los poetas, amigos de la Naturaleza, van á la taberna á comer jamón con espinacas.

Las primeras venden una mercancía que tal vez jamás conocerán: el amor. Los segundos

cantan á la Naturaleza, que sólo han conocido en los libros.

Pero los que han hecho los libros... ¿la conocían, por ventura?

A la puerta de un café del bulevar de los Italianos, un hombre y una mujer, que jamás se han visto ni hablado, separados por la distancia de tres mesas redondas, se han quedado mirando.

El hombre ha enrojecido: la mujer ha bajado los ojos.

Ella, ¡pobre criatura!, había ido allí, Diógenes femenino, á sentarse para encender su linterna. Su ropa estaba usada; su peinado recordaba el de Mme. Person en los *Mosqueteros*; había alargado sus ojos y ennegrecido sus cejas con una cerilla. Un poco de carmín, otro poco de blanco, le daban un tinte conveniente, y sus rubios cabellos estaban enriquecidos por una espesa capa de polvos de veinte francos la caja.

¡Cándido joven él!

Dusantoy le había vestido; el ridículo del tiempo había hecho lo demás. Un lente estorbaba su vista perspicaz; estaba peinado con raya en medio y los cabellos separados á lo Jesucristo; su pardesú era amarillo como la risa de un marido burlado.

Si le hubieseis visto desnudo os habría parecido hermoso como un Adonis. Tal como se hallaba era sencillamente ridículo.

Su padre era algo barón: él tenía treinta mil francos de renta y sabía contraer deudas.

Tal vez no tendría veinte años, pero representaba treinta y nueve.

Nunca había amado, pero había fumado buenos cigarros, montado soberbios caballos y tenido tratos con figurantas.

No se le había visto llorar más que una vez, y aun no era muy seguro, el día en que su primera querida, que jugaba con sus cuarenta y dos años como un indio con sus serpientes, le había abandonado por otro.

Era un hermoso viejecito de diez y nueve años y ocho meses que malgastaba la fortuna de su padre difunto, de su madre, aun viva, y de dos tíos de buena posición.

En la *Maison d'Or* le llamaban *Singleton*; un mercader le tuteaba en el café de Variedades; en el *Casino* de la calle Cadet no se celebraba ninguna fiesta en la que él no tomase parte.

Su sueño era entrar en el teatro y hacerse representar una pieza por Bobino.

En cuanto á ella, la pobre joven, cerraba algunas veces los ojos, que es una manera de soñar en lo porvenir.

Y entonces vislumbraba una habitación de damasco azul, con mobiliario de caoba, sillas de siete francos, vajilla imitación á Bohemia, un reloj de zinc galvanizado y un armario de luna.

Este sueño, comenzado muchas veces y jamás terminado, la había invadido ahora, mientras contemplaba su vaso de absenta.

El, en tanto, soñaba también. Por la mañana había leído un folletín en que se hablaba

de amor. Primero no comprendió; luego trató de comprender.

Querer es poder.

Entonces acudióle una de esas hermosas fantasías que en el argot parisiense se llaman *chifladuras*.

—Quiero amar,—se dijo á sí mismo,—y amar de veras.

Ahora bien: lo que soñaba era un medio de satisfacer su chifladura.

Los dos, en un momento dado, se miraron, y de aquella mirada surgió la chispa que había de producir el incendio.

La bruma descendía siempre. Era amarilla con los últimos rayos del sol; se había hecho roja con el resplandor de los faroles de gas.

El viejo de diez y nueve años y la niña de treinta y dos, él grotesco, ella empolvada, desaparecen entre la bruma.

Bignon los recoge.

El gabinete está bien caldeado. Las bujías han reemplazado al gas. Sobre la mesa se ven delicados manjares y el ardiente Burdeos; las chuletas exhalan un olorcillo que no es el más á propósito para soñar.

—¿Cómo te llamas?—pregunta *Singleton*.

—Ana,—responde la joven empolvada.—¿Y vos?

—Eduardo,—dice el mozo.—Abrázame.

Ana se deja dar un beso sobre los polvos de arroz y ataca las chuletas.

—¿Sois, pues, rico?—dice ella.

—¿Tienes, pues, corazón? — pregunta el joven.

—No lo sé; pero he soñado siempre con un mobiliario de caoba.

—¿Quieres uno de palo santo?

Ana pierde la cabeza y contempla á *Singleton* con estupor.

—¿Es posible?—dice.

En aquel momento se abre la puerta y aparece un camarero.

—Señor barón,—dice,—¿conocéis al barón Kloss?

—Debo conocerle.

—Mirad su tarjeta.

El camarero presenta la bandeja al barón.

La tarjeta lleva estas palabras:

EL BARÓN SAMUEL KLOSS

Rue Neuve-des-Mathurins, núm. 40

—¿Y bien?—pregunta *Singleton*.

—Ese caballero desea veros.

Singleton hace un gesto de mal humor. Se había prometido dar aquella noche el primer paso en el camino del amor verdadero.

Sin embargo, no se atreve á negarse.

—Que entre,—dice.

Y Samuel Kloss franquea el dintel del gabinete.

Detrás de él aparece el inevitable doctor, su doctor complaciente, que, después de haber sido el amigo del padre, se ha hecho el cómplice del hijo.

II

¡Ah! Señores concurrentes á la cervecería del *Unicornio*, estudiantes sencillos y caballe-rescos, duelistas inocentes, cuyas espadas no hacen sangre, no le hubieseis conocido!

Juventud laboriosa y tudesca de la buena ciudad de Heidelberg, hijos del Hanóver, de Baviera y de Prusia, si le hubieseis visto, hubierais arrojado un grito de asombro, hallando de tal manera transformado á vuestro antiguo rey, al Samuel de los pasados días de gloria, al calavera de la patriarcal Universidad!

Había abandonado sus botas de montar, su pantalón gris-perla *collant*, su redingote y su gorra con visera de charol.

Un bonito sombrero de copa cubría su cabeza. Llevaba un pantalón de cuadros que caía á plomo sobre sus charoladas botas, un chaleco de terciopelo, una chaqueta de paño azul y un sobretodo que le llegaba hasta los talones.

Llevaba, además, un lente en un ojo, una cadena de reloj al rededor del cuello y un cuello de puntas que llegaba hasta las orejas.

Hablabá el francés casi sin acento; montaba gallardamente á caballo y tenía ingenio.

Tomaba parte en las carreras de caballos y había descubierto un *jockey* que se entregaba por diez libras al primero que llegaba.

Había querido comprar un caballo, antiguo vencedor en las carreras, y, no pudiéndolo conseguir, se había echado en brazos de Coraly, una de las seis mujeres que hacían la delicia de un club esencialmente elegante.

Coraly derrochaba á más y mejor.

Pero no era ella sola la que atacaba los millones del barón Samuel Kloss, pues éste, además, cuando cogía una carta, la hacía la primera de una mano interminable.

Todo esto había permitido á Samuel olvidar algo á Eva.

A pesar de que había recorrido y escudriñado, en compañía de su buen amigo el doctor, hasta el más oculto rincón de París; á pesar de que había consultado á todas las sonámbulas y pedido informes á todos los negociadores de matrimonios, no había podido encontrar á la rubia pupila de su padre.

Pero así como el barón Eduardo, llamado *Singleton*, había tenido aquella mañana una chiflada, la de probar el amor verdadero, el barón Samuel Kloss había también tenido la suya.

Quería hallar á Eva.

Y, sin embargo, Coraly era una encantadora criatura, con dientes de marfil, sedosa piel, blondos cabellos y labios rojos.

Lo que quería Samuel era Eva.

La mañana de este brumoso día había ido á ver á una sonámbula.

No en vano había nacido al otro lado del Rhin, en la patria de las leyendas y de las supersticiones.

Samuel había llevado á la sonámbula un rizo de cabellos rubios.

Este rizo se lo había dado Eva una tarde,

cuando el buen viejo Kloss vivía en el gran salón de Kurbstein, una tarde en que Samuel se marchaba á Heidelberg, la única ciudad de placeres que hasta entonces había conocido.

Y la sonámbula, después de haberlo tocado, dijo á Samuel:

—Mañana encontraréis á esa persona en el bosque de Bolonia, á las siete y media de la mañana.

Samuel había salido de casa de la pitonisa moderna sumamente pensativo.

—Estamos en noviembre, —se dijo, —y no se va al bosque en esta estación más que para un desafío.

Ahora bien: había buscado una querella todo el día, y, no encontrándola, había tomado el partido de hacer como el profeta que, viendo que la montaña no iba á él, se dirigía él á la montaña.

Por esto es por lo que había entrado en el gabinete en que *Singleton* soñaba con el amor y Ana no se atrevía á soñar con el palo santo.

—Caballero, —dijo Samuel, mirando mucho á la joven, —¿conocéis á esta señora?

—Es probable que la conozca, puesto que viene conmigo.

—Os haré observar, —replicó Samuel, —que ésta no es una razón absoluta, pues...

Y se detuvo, pero se sentó á la mesa.

Singleton, estupefacto, se levantó.

—Estas chuletas son detestables! —dijo Samuel con la mayor calma. —Mozo: tráeme otras. El señor paga.

—¡Caballero! —exclamó *Singleton*, rojo de vergüenza y de coraje. —¿Estás loco?

—No, —dijo Samuel; —pero la señora me gusta y quiero cenar con ella.

Singleton cogió un jarro lleno de agua helada y arrojó el contenido al rostro de Samuel.

Este tomó la servilleta de Ana, se enjugó con gran calma y dijo á *Singleton*:

—Dispensadme, caballero, por haber turbado vuestra conversación. Mañana nos encontraremos en un claro del bosque, entre el jardín de aclimatación y Madrid. Como soy el ofendido, elijo la pistola. A las siete me hallaré sobre el terreno.

Singleton saludó. Pertenecía á un club en donde todos los actos de la vida se sujetaban á reglas.

—Ahora, —añadió Samuel, —voy á daros un consejo. La señora es gentil...

Y, diciendo esto, asesinó de una mirada á la pobre Ana, ya medio muerta de terror.

—Os invito á pensar en ella, —terminó. —Añadid una línea á vuestro testamento.

Ana resucitó y soñó con el mobiliario de palo santo.

III

Barbudo, de espesa cabellera, de color olíváceo, dientes blancos, labios abultados, más bien alto que bajo, ligero en sus movimientos como una culebra, de mano fina y nerviosa, pie pequeño como el de una mujer, mirada oscura y profunda, ya soñadora, ya chispeante,

te como la hoja de una espada puesta al sol: tal era el personaje que vamos á presentaros.

En París se le veía por la noche en el café Inglés, por la mañana en el bosque, montando una admirable yegua irlandesa, llamada *Miss Sara*.

En el verano, á las cinco, se paseaba delante de Tortoni con el cigarro en la boca.

Se llamaba D. Ramón.

Era, según decían, un español nacido en Buenos Aires.

¿Era rico? No se sabía: vivía de nada, como todos los de su raza.

Su vida pasada era un misterio; su existencia actual un enigma.

Un inglés, que estuvo de paso en París ocho días, pretendía haberle conocido en Senegambia, donde hacía la trata de negros.

Un americano de Nueva York afirmaba que D. Ramón había tratado de insurrecionar su país; que había sido rey veinticuatro horas, luego condenado á muerte y que milagrosamente se había salvado.

De todo esto D. Ramón no hablaba nunca una palabra.

Vivía sobriamente, habitaba un modesto entresuelo, tenía un solo criado y salía á pie.

Sin embargo, comía regularmente, era de un club muy conocido, no jugaba nunca y fumaba cigarros de forma extraña, fabricados por bellas mulatas nacidas y mantenidas en sus tierras de Ultramar.

D. Ramón comía en casa de Bignon.

Comía solo y se le guardaba invariablemente la misma mesa: á la izquierda, cerca del mostrador, entrando por la calle de la Calzada de Antín.

Esta tarde D. Ramón estaba sombrío como una noche de invierno.

Su gesto era amenazador, y á veces se ponía á hablar en voz alta, cosa que no le sucedía jamás.

Cuando acababa de comer, oyó un gran ruido: era el altercado que tenía lugar en el primer piso, entre el barón Singleton y Samuel.

D. Ramón dejó escapar un gesto de mal humor, el gesto de un hombre que no quiere ser estorbado.

Pero, casi al momento, vió aparecer á Singleton.

Este era parroquiano, y cada día se encontraba á D. Ramón. Muchas veces se saludaban.

El pequeño barón (pues más bien podía ser comparado con un enano que con un gigante) se acercó á D. Ramón y le dijo:

—Caballero: si os pidiese un servicio, ¿me lo negaríais?

—Según y cómo,—respondió D. Ramón, llevado de su mal humor.—¿De qué se trata?

—Un hombre que no conozco ha venido á buscarme quimera.

—¿A vos?—dijo D. Ramón.

Y la mirada del hijo de los trópicos se hizo sumamente irónica.

Hubiérase dicho que se preguntaba cómo podía nadie tener la idea de buscar quimera á un niño débil y enfermizo como Singleton.

—¿Qué habéis hecho, pues?—le preguntó.

—Nada.

—Y ¿os han buscado querella?

—Sí.

—¿Estáis bien seguro?

Singleton, á su vez, miró á D. Ramón y le dijo:

—Os afirmo, caballero, que lo que digo es muy serio.

—Sea; pero ¿cómo os ha sucedido eso?

—Comía con una mujer.

Al oír estas palabras, D. Ramón saltó en su asiento como si éste tuviera espinas.

—¿Comíais con una mujer?—dijo con extraña emoción.

—Sí.

—Y á esa mujer... ¿la amáis?

—Creo que sí...—respondió Singleton, que había hecho progresos en los descubrimientos del amor.

Los polvos de arroz y los ojos *ahumados* de Ana le cosquilleaban el corazón.

—Está bien,—dijo D. Ramón, poniéndose serio súbitamente.—Ahora, hablemos. Os han buscado querella: ¿no es cierto?

—Sí.

—Indudablemente, á propósito de esa mujer?

—Es lo probable,—dijo Singleton.

—Y ¿queréis que os sirva de testigo?

—No me atrevo á esperarlo.

—Soy vuestro,—dijo D. Ramón.

Después, el español, que tenía un cuello de toro, cuyas espaldas denunciaban una fuerza hercúlea y la mirada un alma de acero templado de Damasco, experimentó como un gran sentimiento de piedad por aquel ser enclenque, vestido por Dusantoy, enflaquecido por las veladas y enervado por los placeres. El león en reposo, que se llamaba D. Ramón, se puso á contemplar al niño y dijo:

—Pero ¿con quién os batís?

—Con un hombre que no conozco.

—¿Cómo es?

—Tiene acento alemán.

D. Ramón creyó recordar que había visto á Samuel en alguna parte.

El hijo del actor Kloss hablaba muy alto, tenía siempre un gesto brusco y un aire conquistador.

—¿Es joven ó viejo?—siguió preguntando D. Ramón.

—Creo que es joven.

—¿Y os batís?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las siete de la mañana.

—¿En qué sitio?

—En el bosque, en el primer claro de la izquierda, entre el jardín de aclimatación y Madrid.

—¿Cuál es el arma que elegís?

—La pistola.

El joven barón Singleton demostraba gran calma.

Su sangre fría gustó á D. Ramón.

Este llamó al mozo y le pidió la cuenta.

Después dijo á Singleton:

—Venid conmigo: al aire libre se conversa mejor.

—Dispensadme, caballero,—replicó Singleton.—¿Me permitiréis despachar á la mujer que ha comido conmigo?

—Id,—dijo el español.

¡Tenía mundo el pobre mozo! Delgado como un pollo, ridículo en el más alto grado, sabía ponerse, sin embargo, á la altura de las circunstancias.

Subió al gabinete en que su compañera de azar había quedado temblorosa y muda.

—Pequeña,—dijo,—¿quieres darme tu dirección para que mañana te vaya á ver?

La vendedora de amor se estremeció, tuvo un mal pensamiento. En su confusión, no acertó á contestar.

Pero Singleton sacó de su bolsillo el portamonedas y le dijo sonriendo:

—La vida no se tiene asegurada. Sería posible que mañana me matasen.

—¡Ah!—exclamó Ana estremeciéndose.

—Hay que preverlo todo,—añadió Singleton con estoicismo.—No debo haberte molestado para nada.

Tras estas palabras, sacó un billete de mil francos y se lo tendió á su compañera.

El ahorcado cuya cuerda se rompe, el amante rechazado al que se vuelve á llamar, el autor silbado que oye un bravo, el periódico que encuentra, por fin, un suscriptor, no experimentan, reunidos, la alegría que se apoderó de la joven empolvada á la vista del billete azul, que para ella representaba todo un mobiliario de caoba.

No dió las gracias, no pensó en tender su frente á Singleton: no tuvo más que un solo temor: el de que el billete fuese falso.

Sin decir una palabra desapareció rápidamente, del gabinete, primero, y luego de la fonda.

En cuanto á Singleton, fué á reunirse con D. Ramón.

Este le cogió por un brazo y le arrastró por el bulevar.

—Veamos,—dijo;—¿sabéis tirar?

—He tirado á los muñecos en Mabille.

—Y ¿nada más?

—¡Diantre! Me parece que ya es bastante. Un hombre es mayor que un muñeco.

Una sonrisa se asomó á los labios del español.

—En mi país,—dijo,—se baten á la carabina, á cien pasos de distancia, y se coloca una bala entre los dos ojos del adversario. Si os digo esto y si os he preguntado cómo tiráis la pistola, es porque considero esta arma sumamente ridícula cuando no es mortífera. Los burgueses se baten á pistola; los nobles, todo el que es bien educado, en una palabra, escoge la espada.

—Eso es lo que yo habría hecho si la cosa dependiese de mí.

—Pues bien,—dijo D. Ramón.—Fiaos en mí y no cometeréis esa ridiculez.

Y condujo á Singleton á su casa.

D. Ramón vivía en la calle Taitbout, en el ángulo de la calle de Helder.

Habituaba un entresuelo de tres habitaciones, amuebladas con lujo severo, pobladas de bronces, barros artísticos y antiguos tapices.

En la última pieza, que era un gabinete de fumar bastante espacioso, había colgadas de la pared dos espadas de combate.

D. Ramón entregó una á Singleton.

—Intentad tocarme,—dijo.—Soy bastante fuerte, y la punta de una espada no me causa ninguna emoción.

Singleton tiraba muy bien.

No pudo tocar á D. Ramón, pero éste le dijo al cabo de cinco minutos:

—Si os batís á espada, estoy seguro de que mataréis á vuestro adversario. Ahora, ¿tenéis un segundo testigo?

—No,—dijo Singleton.

—¿Aceptaríais el que yo os proporcionase?

—¡Ah! Sin duda,—dijo Singleton con agradecimiento.

—Está bien. Dadme vuestra dirección, volved á vuestra casa y dormid. Mañana á las seis de la mañana estaré á vuestra puerta y os llevaré el segundo testigo. A propósito: ¿cómo os llamáis? Porque yo no os conozco más que por el nombre de Singleton, que, indudablemente, no es el vuestro.

—Me llamo el barón Eduardo de Villemain,—respondió Singleton.

—¿Dónde habitáis?

—Bulevar Malesherbes, 17.

Dicho esto, Singleton se marchó después de haber estrechado con reconocimiento las manos de D. Ramón.

—La sangre fría de este muchacho me plante,—se dijo el español;—no quiero que lo maten.

IV

Cuando D. Ramón se quedó solo, instalóse junto á la chimenea.

Encendió un cigarro, se acomodó en un vasto sillón, cruzó las piernas, inclinó la cabeza, dejó que sus párpados medio cubriesen sus ojos de tigre y se puso á soñar.

Hubiérasele tomado por el rey del desierto, dormitando acurrucado sobre la amarilla arena, en una brillante noche de estío.

¿En qué soñaba?

¿En qué soñó más de una hora? Él solo y Dios, tal vez, lo supieron.

Pero llegó un momento en que sus párpados dejaron escapar una lágrima.

¡Oh hijas de Eva desprovistas de corazón y armadas de garras! ¡Nunca habéis sabido el precio de una lágrima de hombre!

Había sido rey, según se decía; había cazado tigres, traficado con negros, habitado entre los indios, montado en pelo los caballos salvajes que pacen en las pampas.

¡Y lloraba!

Oyóse un campanillazo, y el español se levantó.

A buen seguro era una mano nerviosa y de-

licada, impaciente y febril la que había sacado al timbre de su silenciosa inmovilidad.

Cuando una mujer va á veros no llama como todo el mundo.

D. Ramón se levantó, decimos, y corrió á abrir, con presteza juvenil, hasta la antecámara.

—Abrió: un roce de seda, un perfume delicado penetraron á la vez, y dos brazos blancos y torneados surgieron de entre los pliegues de una *salida de teatro* y enlazaron el cuello robusto de D. Ramón.

despecho de la proximidad, experimentan á veces esas pasiones volcánicas.

Como no saben y no sabrán jamás lo que es una parisense, se entregan á su amor con la brutalidad caballeresca y los sacrificios infinitos que imagina la naturaleza y repreuba la civilización.

Por espacio de unos minutos, D. Ramón permaneció de rodillas, besando aquellas manos transparentes, aquella frente blanca, aquellos cabellos de oro, abrasando aquellos labios, más rojos que claveles, y sintiéndola palpitare



—Si os batis á espada, estoy seguro de que mataréis á vuestro adversario

Al mismo tiempo una voz de niña murmuró:

—¡Soy yo!

Y D. Ramón lanzó un grito de fiera amorosa; la abrazó sujetándola como á una presa y la llevó al fumador.

Y allí se arrodilló: aquella lágrima que hacía una hora temblaba presa entre sus pestañas, cayó ardiente sobre la frente de la visitante.

V

Era rubia, con ojos negros.

Sus dos manos sujetaban una de las de don Ramón; tenía un pie de muñeca.

—Tenía veinte ó treinta años?

—Misterio!

Pero D. Ramón la amaba... la amaba con locura, y por ella es por quien había llorado.

Estos excéntricos, nacidos lejos de París, extraños por instinto á nuestras costumbres, á

sobre su seno, como una golondrina bajo la garra del gavilán.

Y cuando, ya medio loca, le dijo ella:—¡Oh! ¡Déjame, Ramón... déjame!— el español se levantó entonces, con los ojos chispeantes, las narices dilatadas y el pecho hinchado.

—Ven,—dijo á su amante,—ven conmigo! Dejaremos París... viajaremos toda la noche... mañana estaremos en el Havre. Allí encontraremos un buque... te llevaré á las Indias... donde tengo plantaciones más vastas que un departamento de Francia.

La hermosa dejó escapar una sonrisa; una sonrisa que hizo estremecer al español. Este enmudeció.

—Estás loco!—dijo ella.

Y mientras él, anonadado, caía de nuevo arrodillado, la hermosa habló á su vez.

—¡Oh querido insensato!—dijo.—¡Siempre te encuentro el mismo! Cambiando nuestras alegrías en tristezas y esparciendo sobre el

misterio de nuestra dicha la amenaza de tus celos ásperos y salvajes.

»¡Partir!

»Es decir, abandonar á París, la alegría, el placer, las conversaciones encantadoras por la tarde, los sueños deliciosos de la mañana, la dicha que, una vez terminada, vuelve á empezar; el baile que sucede al baile, la fiesta seguida de la fiesta, el encanto que se perpetúa para todo lo que es joven, rico y hermoso.

»¡Partir!

»Tú estás loco, mi tigre adorado; tú no piensas que estamos en noviembre, cuando París chispea á través de la bruma como una mujer rodeada de gasas, cuando llega el invierno con todas sus embriagueces, y cuando sólo los muertos tienen el derecho de partir.

»Las Indias, el sol... los bosques vírgenes... las noches de estío...

»¿Para qué?

»¿Ves las piedras que penden de mis orejas? Pues brillan más que las estrellas de tu cielo indio.

»¿Y mi sonrisa? ¿No vale tanto como ese sol de que me hablas?

»Y si deseas estar solo, ¿no podemos pasar aquí una hora, con las manos enlazadas, nuestros labios unidos y nuestros corazones latiendo al unísono?

»Yo, dueño mío, voy esta noche al baile... y por ti, ¡ingratol!, robo una hora al placer.

»¡Y aun te quejas! ¡Y aun me hablas de partir!

»¡Cuán tosca y buena, sencilla y feroz es tu inteligencia, Ramón mío!

»¿Acaso se puede mandar partir á una parisense? ¿Acaso se nos puede transplantar á nosotras, flores extrañas que nos desarrollamos en la caldeada atmósfera de un baile, donde el corazón se despierta entre dos tiempos de vals? ¿No sabes que querer una mujer para ti, para ti solo, soñar guardarla como el dragón guarda su tesoro, es hacer implícitamente el juramento de tomarle aborrecimiento antes de un mes?

»La mujer propia se odia: la de los demás se ama.

»Amame, pues, loco mío. ¡Los bosques vírgenes de que me hablas no valen lo que este entresuelo en que nos hallamos!»

Tenía razón: D. Ramón estaba loco, porque cuando ella hubo terminado de hablarle así, vertiendo sobre él los efluvios de su mirada, el murmullo acariciador de su voz, él se levantó rugiente, feroz, brutal y la rechazó diciendo:

—¡Vos no me amáis!

Tal vez la hermosa tuvo miedo, porque ahogó en su garganta el fresco acceso de risa que esperaban sus labios.

Era hombre capaz de matarla.

Pero la joven se levantó á su vez y se en-

cerró en esa dignidad rebelde que constituye la fuerza de la mujer y la hace odiosa.

—Creo,—dijo,—que habéis bebido ese licor de las Indias, que tanto alabáis y que os turba el cerebro. Adiós, mi amado salvaje. Mañana monto á caballo y me encontraréis en el bosque entre dos y tres.

—¡Armanda!—exclamó Ramón.

Sus labios brotaban una ligera espuma; sus ojos parecían carbones inflamados.

—¡Oh!—exclamó.—¡Ved á la mujer por la que yo quisiera morir!

—¡Morir! ¿Para qué, amigo mío? ¡Bah! Más vale vivir. ¡Es tan buena la vida... tan buena y tan alegre!

D. Ramón encogióse de hombros, y un estremecimiento de cólera agitó todo su ser.

Pero ella, posando la diminuta mano sobre su espalda, le dijo sonriente:

—Decididamente, D. Ramón, sois un verdadero español. Lo que falta á vuestra dicha es la persiana entreabierta, la escalera de seda, el puñal del bravo, la ronda de algnaciles. Apuesto á que daríais la mitad de vuestra sangre, por verter la otra mitad en mi honor.

—¡Oh!—exclamó él con la seriedad del Cid, arrodillándose ante Jimena.

—Y, sin embargo,—continuó Armanda,—si yo quisiera podría haceros dichoso.—Vamos: ¿os atreveríais á matar á alguien por mí amor?

Como la hermosa reía mientras hablaba, su amante la contempló con aire sorprendido.

—No: os aseguro,—dijo la joven,—que no bromeo. Un hombre me ha insultado...

Un grito ronco se escapó del pecho de D. Ramón.

—Hace cinco años que soy algo reina de la moda. Cuando entro en un salón, á mí paso se oye un murmullo de admiración. Cada velada recibo veinticinco declaraciones mudas, pero hasta ahora, nadie más que vos, ingrato, se ha atrevido á faltarme al respeto. Pues bien: ayer...

No pudo terminar: D. Ramón se había tornado lívido.

—¡No quiero saber nada!—exclamó.—¡Nada más que una cosa!

—¿Cuál?

—Su nombre.

—Apenas lo sé. Le llaman el barón Samuel.

—¿Dónde vive? ¿Dónde se le puede encontrar?

—No lo sé: París es grande.

—¡Le encontraré y le mataré!

—Como queráis,—dijo la joven con calma.

—Pero es preciso que sepáis lo que ha pasado.

—Pues bien: sea. Hablad,—dijo D. Ramón cruzando los brazos sobre el pecho, como para ahogar los desordenados latidos de su corazón.

(Se continuará)